



CAMILLE  
BOUCHARD

**LAS  
FUERZAS  
DEL DESORDEN**

algar joven

0  
JUÁREZ

Si te hablo así, Guadalupe, hermana mía, si me dirijo a ti de esta manera, con el pensamiento —como si allí, en nuestra tierra, en Canadá, pudieras percibir las transmisiones telepáticas que te lanzo desde la celda miserable en que me encuentro, en el sótano de unas dependencias policiales de Ciudad Juárez—, si recurro a la mente, hermana, es porque ya no me queda ningún otro modo. Ya no sé cómo dar noticias mías ni cómo tranquilizar a mamá, a papá, a nuestro hermano pequeño y a ti, que eres la mayor.

Y ya no sé cómo evitar volverme loca cuando me veo aquí totalmente incapaz de nada, separada de los míos y del resto del universo. Por mucho que haya celebrado la quinceañera, mi paso de la infancia a la edad adulta, Guadalupe, me siento como un pajarillo. Soy un golondrino incapaz aún de volar, arrancado del nido por un huracán y arrastrado al corazón mismo de un bosque lleno de lobos.

Las autoridades mexicanas están haciendo adrede que se alargue la causa que tienen contra mí, por pura perversidad. El abogado de la compañía de seguros se enfrenta a todas las dificultades imaginables para poder acceder a mi expediente. Lo mandan adonde yo no estoy, le proporcionan datos equivocados, le entregan las carpetas de otra detenida...

La mala voluntad de las autoridades penitenciarias es tan evidente que hay que preguntarse por qué la tienen así tomada conmigo. Pero Juárez es el México de la corrupción, hermana, es un país dentro del país, un mundo aparte, un universo de drogadictos, de asesinos, de agentes de las fuerzas del desorden, de aduaneras psicópatas...

En esta ciudad se publica *El Diario*. Todas las mañanas aparecen en primera página, en la dos y en la tres y en las siguientes, los horrores que la ciudad ha generado la víspera. Todos los días. Las ejecuciones entre narcos enemigos; los hechos legendarios de una mujer a la que llaman Diana Cazadora y que persigue y elimina a los violadores más que conocidos, pero a quienes la justicia no consigue echarles el guante; las redadas en los bares y en los garitos clandestinos; los arreglos de cuentas; los policías, los jueces, los políticos a los que se han cargado porque no se dejaron corromper

—algunos quedan, según parece—; las violaciones; los asesinatos de niños... ¡Pero aún hay más, Guadalupe! Parece impensable, pero hay más. ¿Sabes lo que publica ese periódico de vez en cuando, en primera página y en letras gigantescas como noticia extraordinaria? *El Diario* proclama a veces que el día anterior no ha habido en Ciudad Juárez ningún asesinato. ¡Ay de mí, hermana! Es algo tan raro que, cuando sucede, el periódico lo convierte en el titular de portada.

Vas a decirme que podría implorar a Dios, al Niño Jesús y a la Virgen María... Sin embargo, Guadalupe, nunca lo he hecho. Siempre he descuidado las oraciones y la misa. Tengo miedo de que la Sagrada Familia me reciba con frialdad. Quizá Santa Faustina, la santa de mi nombre, acogiera mejor mis penas, pero quién sabe si me conoce. Seguro que también a ella le importo un comino.

Podría invocar a alguna otra. A alguien muy apreciada aquí entre las demás detenidas. A esa preferida la llaman la Santa Muerte. Un culto para narcotraficantes. Aunque he visto las estampas que mis compañeras de celda llevan encima, y parece que la Santa Muerte es más un demonio que un ser venerable. Su imagen es un esqueleto con una especie de manto por encima y una hoz en la mano.

Así es que me da miedo dirigirme a ella, Guadalupe.

La abuela nos decía —¿te acuerdas?—: «Juárez es una ciudad magnífica, de grandes avenidas limpias, con su río y sus montañas, su desierto y su cielo ardiente. Juárez es El Paso del Norte rebautizado como Heroica Ciudad Juárez en honor de nuestro héroe nacional, Benito Juárez, que resistió ante los franceses y el emperador Maximiliano en el siglo XIX».

Esa es la Juárez de la abuela.

Pero ella no lo sabe todo de su ciudad. No conoce la Juárez donde he ido a parar. Es un infierno, Guadalupe. He terminado en el infierno.

## LA ADUANERA Y SU JEFE

–Enzo, quiero hablar contigo de una cosa.

–¿No puede ser en otro momento, Carmen?  
Tengo que repasar este expediente para el capitán y...

–Tú lo que quieres es ver el partido de fútbol, ¿qué hace, si no, la tele que has puesto en equilibrio en la esquina de la mesa, justo delante de ti?

–Bueno, pues sí, también quiero ver el partido. Empieza dentro de diez minutos. Así es que entre eso y el capitán...

–Uno de los dos va a tener que esperar, porque es importante. Y es tan raro que tus ayudantes no estén aquí y que pueda hablar contigo a solas, con la seguridad de que no van a interrumpirnos...

–¿Qué es lo que pasa? Pocas veces te he visto con esa cara, Carmen.

–Es la prisionera. La M-728.

–¿Cuál es esa? ¿La blanquita?

–La canadiense, sí. Faustina Dupré. ¿Te has fijado en qué estado se encuentra?

–Eso ha sido la gorda loca de Sandra, ya lo sé. Cuando le da la vena, se lía a golpes y no sabe parar. Ya la conoces.

–La ha desfigurado, Enzo.

–Por eso está aislada la detenida, de momento. No queremos que se vea con su abogado ni con nadie más, sea quien sea. Esperaremos a que se le curen un poco las heridas; si no, nos vamos a meter en un buen jaleo. Sí, bueno, en fin, a lo mejor tampoco tanto, bastaría con decir que la prisionera intentó huir, que se cayó rodando por una escalera... En cualquier caso, dejamos confinada a la chiquita en el trullo hasta que se reponga de las heridas y esté más presentable. Pongamos que dentro de cuatro meses. Pero a ti, ¿por qué te interesa?

–¡Tiene la cara totalmente destrozada, Enzo! Ni siquiera cuando esté curada, ni siquiera dentro de seis meses, dentro de un año... Quedará todavía más fea que la vaca gorda de Sandra.

–Ahí está, seguro, el origen de la rabia de tu compañera. La envidia de ver a una chica demasiado guapa y a quien la vida le sonrío... y que, a pesar de todo, es tan imbécil que acepta llevar droga, como una mulita buena.

–Solo es una niña, una niña mimada.

—Los ricos se aburren, Carmen. Andan buscando adrenalina.

—Me gustaría que Faustina Dupré volviera a ser tan guapa como antes.

—¿Por qué? ¿Te has vuelto lesbiana o qué?

—Eso a ti no te importa. Quiero que recupere todo su atractivo, pero para eso necesito tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tú, nada; Ernesto, sí. Ernesto Chávez García.

—¿El cirujano?

—Está en deuda contigo, sé que te debe algunos grandes favores, muy grandes.

—¿Te gustaría que Ernesto se ocupara de rehacerle la cara a la canadiense?

—Es un genio en el arte de la cirugía estética. Puede recoser todo lo que está abierto, todos los colgajos que tiene en la cara la pequeña. Con él, en su misma clínica, trabajan también excelentes cirujanos dentistas. Pueden corregirse todas las marcas que le dejó esa vaca gorda de Sandra.

—¿Y quién correría con los gastos? Las operaciones de ese tipo cuestan un riñón.

—Será gratis, porque Ernesto Chávez García te lo debe. Sobre todo, desde que lo sacaste del lío en el que se había metido con el jefe del cártel de...

—¿Y qué saco yo de todo eso?



—Hoy por ti y mañana por mí, cuando me necesites para algo.

—¡Estás como una cabra, querida Carmen! Con los medios de que dispones y las influencias que tienes nunca cubrirás la deuda que Ernesto tiene conmigo.

—No tienes ni idea de lo que puedo devolverte, Enzo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche te mando un mensaje. Con un vínculo.

—¿De qué vínculo me estás hablando?

—Un vídeo. Se te reconoce sin la más mínima dificultad, en compañía de traficantes de armas, altos funcionarios de Texas y algunos lugartenientes del cártel del Golfo, ya sabes, los grandes enemigos de los narcos de Juárez. Imagínate si los periódicos de acá o incluso los diarios americanos recibieran por casualidad la dirección web de la películita.

—¿Cómo te ha llegado a ti esa...?

—¿De verdad crees que voy a contestar a semejante pregunta?

—¡No harías una cosa así! Quiero decir, mandar la dirección a los periódicos. Somos amigos tú y yo, ¿no?

–Y porque soy tu amiga, Enzo, vas a hacerme el favor que te pido. Exígele a Ernesto Chávez García que le devuelva su belleza a Faustina Dupré, la chiquita canadiense.